

El ave y los niños

Todo el pueblo nos mira mal. Hasta mi madre vive amargada, y entiendo su malestar. Toda madre a sus pequeños protege, toda madre el bienestar quiere de sus hijos. Por más que los hijos sean malos, la madre aguanta, ella es capaz de rajarse el lomo y defenderlos. Es una heroína. Así es mi madre. Y yo la quiero, la quiero un montón.

Sencilla es la cuestión: mancharon su honor, la muestran como una maldita, como alguien que abandona, alguien sin corazón.

¿A qué ser le gusta que hablen mal de su madre? A nadie. Fíjense en mí y en mi hermano, en nuestros lugares pónganse, y piensen. Hagan de cuenta que van por los aires y que los señalen, y que el viento a los oídos traiga la habladuría, el chisme que es llevado de boca en boca, de pueblo en pueblo, de niño en niño, de generación en generación. Duele. O que se encuentren ocultitos en una rama, y pasan gentes que conversan tranquilos, y hablan bajito, como si nadie los escuchara, como si a nadie fueran a insultar, y dicen:

—Por aquí se paran lamentando.

Mi madre sufre, llora mi madre, pero se aguanta ella. Su cólera traga. Y yo y mi hermano, de tanto verla preocupada, también queremos llorar. Es una equivocación la habladuría que dicen: ¡no somos dos seres en uno, no somos la fusión, monstruos no somos!

¿Y nos lamentamos? Sí, normal es, nuestro canto es y otro sonido no tenemos. Nacimos así, así nos comunicarnos, así le hacemos saber a nuestra madre que bien estamos.